



## ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO I.	PUNTOS DE SUSCRICION.	10 de Julio de 1877	PRECIOS DE SUSCRICION.	NÚM. 7.º
	Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39. Madrid, en las principales librerías. Correspondencia literaria: Sra. D.ª Patrocinio de Biedma, Herrador, s.		En Cádiz, un mes, adelantado . . . 2 ptas. En toda España y Portugal, trimestre, 7 pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. . . 25 » En Cuba y Puerto Rico, trimestre, id. . . 10 » Extranjero y repúblicas americanas, id. . . 15 »	
	No se devuelven los originales que no se utilicen.		Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.	

### SUMARIO.

Las provincias, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Sólo en Dios, por EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.—A Panticosa, por GRACIELLA.—En el álbum de Estrella, por RICARDO SEPÚLVEDA.—La limosna, por JOSÉ MORENO CASTELLÓ.—Yo siempre te amaré, por JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.—Los poetas greco-romanos, por EVELIO DEL MONTE.—Literatura extranjera *La Tina dei Fada*, por MARÍA LETICIA RATTAZZI.—La flor del cementerio, *continuación*, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Bibliografía, por BRUNETTO.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE B.—Noticias.—Advertencia.—Anuncios.

### LAS PROVINCIAS?

«Veo que tiene Vd. tanta voluntad como genio y con aquella suele irse más lejos que con éste. —¿Por qué ha ido Vd. á arrinconarse en provincia, cuando con su poderosa iniciativa hubiera logrado constituir aquí un foco de luz y de influencia?... Deseo que haga Vd. el milagro de afianzar ahí el magisterio que habría podido ejercer en la corte.»

(Carta de D. Andrés Borrego á Patrocinio de Biedma.)

**L**as provincias! Es decir el aislamiento, el olvido casi, la vida lenta y difícil, la idea que se pierde como la semilla que arrastra el viento del desierto, entre la indiferencia de los unos, la envidia de los otros, y el alejamiento de los más!...

El *rincon*, según dice nuestro ilustrado amigo, donde la iniciativa más fecunda queda estéril; donde el esfuerzo más poderoso se quebranta; donde la más generosa intención sirve de pasto á las hablillas de los pequeños; donde la inteligencia más grande acaba al fin por cansarse, por embotarse, digámoslo así, al tener que luchar á cada nuevo paso que dá con un nuevo obstáculo; creado por los que ven en el mérito que eleva á un ser sobre el nivel vulgar de las generalidades, un motivo de odio,

de enemistad, que se le manifiesta sin tregua ni reposo.

Tal es la idea que generalmente se tiene de provincias, y esa es la causa de que se concentren en la corte cuantos ingenios brotan en la nación, llevando el calor de su vida y la luz de su idea á esa gran Metrópoli que se enorgullece de su poder prestado, y que—preciso es confesarlo—sabe recompensar el valor que le inspira ese orgullo!

Hasta qué punto es cierto el juicio que le merecemos á los cortesanos? Hé ahí lo que intentamos saber.

Hay, por desgracia, algo de lo que ellos creen, y aún algo, que diría Sancho Panza: ¿pero es justo, si el mal existe, aumentarlo con nuestras quejas, y hacerlo incurable con nuestro abandono? Seguramente que nó! la vida intelectual y material—¿por qué no decirlo?—de nuestra sociedad, va demostrando claramente los perniciosos efectos de esa centralización que todo lo absorbe, y nuestras provincias, tan ricas en pensamientos como en frutos, semejan los debilitados miembros de un enfermo, cuya sangre, rica, viva, exuberante en su corazón, no pudiera circular por las demás arterias sino pesada y lentamente.

¿Y los hijos de provincia, los que tenemos en cualquiera de ellas el rincón en que se meció nuestra cuna, la tierra que oculta como un velo de muerte los restos del ser querido, las afecciones vivas en nuestro corazón, debemos abandonarlos para ir á buscar en Madrid la compensación de nuestros trabajos, el premio á nuestros esfuerzos, los inteligentes aplausos que aquí son tan difíciles, y la remuneración material que aquí es imposible?...

Creemos que no: creemos que es más generoso, más noble intentar el remedio del mal, que no huir de él aumentando sus efectos.

Creemos que no sólo en Madrid puede constituirse un foco de luz y de influencia, y que una voluntad decidida puede fijar en cualquiera de estas bellas é ilustradas poblaciones que arrastran la existencia lánguida del cansancio, un centro de acción en el cual, bajo la iniciativa poderosa de uno, se confundan los esfuer-

zos de todos, y eleven al fin con vida propia ese rico tesoro de inteligencias y aspiraciones, que hoy lleva el impulso de la costumbre á enriquecer esa especie de Océano de las ideas, á donde afluyen todos los manantiales que brotan diseminados por el fértil suelo de España, sin pensar ¡ay! que el arroyo, por débil que sea, tiene como suyo, rumores, transparencia y corriente, y una vez confundido, si tiene grandeza no es propia, pues nada supone una gota de más ó de ménos en el raudal ondulante de las aguas del mar.

Si es milagro, según cree nuestro distinguido amigo, en interés de todos está el conseguirlo, y preciso será que cada uno por su parte ayude á esa obra, que si hoy parece débil por iniciarla nuestra mano, adquirirá fuerza y consistencia con el apoyo desinteresado y leal de cuantos comprendan el valor de la idea que nos inspira.

Hay una ventaja en esa misma debilidad: que no ofende la susceptibilidad, algún tanto quisquillosa, de nuestros hombres de talento.

La mano de un hombre elevaría con más vigor la bandera de nuestra federación literaria; su voz vibraría llena de viriles inflexiones, llamando á su sitio de honor á esos gallardos desertores del más noble de los ejércitos, y preciso sería que los que abandonaron su puesto para buscar gloria y fortuna, viniesen á demostrarnos que en todas partes puede conseguirse la realización de esas legítimas esperanzas, y que en todo caso, más que soldado de fila, vale ser general de división.

Nuestra voz acaso se pierda, tan insignificante es, entre la indolencia que intentamos combatir, pero si se oye es fácil que, los unos por curiosidad, los otros por galantería, acudan á la llamada.

No hay transición que no necesite una disculpa, porque si nuestro espíritu está siempre pronto á admitirlas, nuestro orgullo no transige con lo que implica tácitamente una imposición, bien que sea generosa, pero que de todos modos demuestra algo de vacilación y debilidad en el que la acepta.

Hé ahí la ventaja de que hablábamos, y hé



ahí la disculpa de los que se presten á secundar nuestros deseos.

—Una mujer nos pide que probemos el valor de nuestra inteligencia por sí mismos, aisladamente, sin pedir á Madrid ni sus visibles pedestales que han de darnos á conocer, ni las trompetas de su fama que han de llevar nuestro nombre cerca y léjos: vamos á perder el tiempo, porque aquí, nos morderá la envidia, nos olvidará la indiferencia, nos burlará la ingratitud, pero... qué importa!... tampoco tenemos otra cosa mejor que hacer!... Probemos á la escritora que no es fácil galvanizar el cadáver de nuestra literatura con el poder de una voluntad, y probémosle al mismo tiempo que aun nos queda la galantería, accediendo á sus deseos.

Esto dirán sin duda los literatos, los andaluces todos, y como confirmacion de esta creencia, llega á nuestras manos una carta de nuestro querido amigo el distinguido general D. Manuel Pavia, el cual, creyendo interpretar los sentimientos de sus paisanos (1) dice: "¡Llor á la bella é ilustre escritora que se ha puesto al frente de la literatura andaluza!... A sus piés debían estar todos los que se precien de hombres estudiosos, y de galantes caballeros!..."

Hé aquí confirmada nuestra creencia... el hombre estudioso, el literato de talento que cree sinceramente perdidos los esfuerzos que iniciamos, en esta apatía que nos rodea como enfermedad ya endémica, con la disculpa de su galantería se apresta á luchar, viene á buscar nuestra bandera... y... ¡quién sabe si la lucha nos dará el triunfo!... De todos modos es fuerza siquiera intentarlo...

Vengan á defender la idea de la literatura en provincias todos los que de ellas han salido; vengan á esparcir las galas de su ingenio para depurar el gusto, para desterrar con su influencia todas esas pequeñeces que hacen imposible el más noble intento, y vengan á dar vida propia á lo que es hoy movedizo reflejo de ese centro absorbente, que así devora inteligencias como fortunas, y que no sacia jamás la sed de su ambición!...

Si nada conseguimos, si los andaluces prefieren á ser *todo ser parte*, si es fuerza dejarse llevar de la gran corriente hácia el Océano, á ménos de preferir quedar envueltos en las algas del olvido, entónces volveremos al lugar que la bondad de nuestros amigos y nuestro constante trabajo nos habian conseguido, y mirando con pena la indolencia de los hijos de este país, esperaremos el gran día en que una mano más poderosa, ó más afortunada, lleve á cima el proyecto que, si otra no, tendremos la gloria de haber iniciado.

PATROCINIO DE BIEDMA.

### SOLO EN DIOS.

Quise buscar consuelo  
Al intenso dolor que existe en mí:  
Y á la tierra y al Cielo  
Una triste demanda dirigí.

Miré el sol esplendente  
Con su destello el mundo iluminar,  
Y hermoso en occidente,  
Entre nubes de nácar espirar.

Y al enviarle un ruego  
Esperando mi alivio en su fulgor,  
Dijo: «es ménos mi fuego  
Que el inmenso volcan de tu dolor.»

Ví en la noche callada,  
Dormido el mundo bajo un solio azul,  
De brillantes, cuajada  
Su flotante cortina de albo tul.

(1) El general Pavia es hijo de Cádiz.

Su luz á esas estrellas  
Pedí entónces henchida de afliccion;  
«No basta, oi de ellas,  
Para alumbrar tu oscuro corazon.»

Con mi martirio á solas  
Fuí pensativa hasta el rugiente mar,  
Dó embravecidas olas  
Entonaban su horrisono cantar;

Y en vano la tormenta  
Un amparo en mis males quiso ser;  
«Mayor, dijo, se ostenta  
La lucha de tu horrible padecer.»

¡Ah! tal vez un consuelo  
No ofrecen á mi enfermo corazon,  
Ni la tierra, ni el Cielo,  
Portentos de la bella creacion.

Cansado navegante  
Voy de una playa salvadora en pos;  
Y vislumbro anhelante  
El puerto deseado, *sólo en Dios.*

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Lugo: 1877.

### À PANTICOSA.

No hay nada más soberbio  
Que estas montañas  
Que elevan hasta el Cielo  
Sus cumbres altas:  
Y en cuya altura  
No han visto derretirse  
La nieve nunca.

Son tan altas las crestas  
Del Pirineo,  
Que un trozo reducido  
Se vé del Cielo:  
Y el alma anhela  
Verlo grande, tan grande  
Como la tierra.

Cual muros que los hombres  
Hacer no saben  
Esas moles de piedra  
Cierran el valle:  
Dó Panticosa  
Duerme, como la perla  
Dentro la concha.

Aquí de Dios se admira  
La Omnipotencia  
Mas hay algo sombrío,  
Algo que aterra:  
Y las montañas  
Parecen desplomarse  
Sobre las almas.

Porque sobre este lago,  
Sobre este valle,  
La muerte despiadada  
Sus alas bate:  
Y tras sí lleva  
Juventud y fortuna,  
Gloria y belleza.

Porque aquí cuantas madres  
Han aumentado  
Del Libon la corriente  
Vertiendo llanto:  
Y esos torrentes  
Remedan bien los ayes  
De los que mueren.

Cuando miro ese lago  
Tan transparente  
Que ha copiado los rostros  
De tantos séres  
Que ya no existen,  
Me parece que el lago  
Por ellos gime.

Pisando en la pradera  
Su verde alfombra  
Cada flor que allí nace  
Cubre una fosa:  
Y dentro al pecho  
Mi planta sobre el césped  
Levanta un eco.

Cual sombras que en sudarios  
Vagan envueltas  
Las montañas parecen  
Almas en pena,

Cuando la noche  
Tiende su negro manto  
Por todo el Orbe.

Que nada hay más soberbio  
Que estas montañas  
Y en lugar de ensancharse  
Se apoca el alma:  
Pues se respira  
El aire de la muerte,  
No el de la vida.

GRACIELLA.

Panticosa: 1877.

### EN EL ALBUM DE ESTRELLA, ....

Tres estrellas nada ménos  
Ambiciona el militar,  
Y yo me contentaría  
Con una *Estrella* no más!...

RICARDO SEPÚLVEDA.

Madrid: 1877.

### LA LIMOSNA?

Pobre niño! Va pidiendo  
Una limosna por Dios,  
Y tal nombre repitiendo,  
Sigue del que pasa en pos  
Su débil mano tendiendo!

Ved su angustiado semblante  
Que á la caridad provoca;  
Ved su mirada anhelante  
Y su planta vacilante  
Que desnuda el suelo toca.

Ved la luz del claro día  
En sus cabellos de oro,  
Que una madre miraría  
Como el hallado tesoro  
De más preciada valía.

Ved su labio balbuciente  
Y su frente sin enojos  
Y su mirada inocente...  
¿Qué encontráis en esa frente?  
¿Qué miráis en esos ojos?...

Pobre niño! Vá corriendo  
De todo el que pasa en pos  
Su débil mano tendiendo:  
Escuchadlo: vá pidiendo  
Una limosna por Dios!

Tal vez es fruto maldito  
Del torpe crimen de un hombre  
Y es la prenda del delito:  
¿Por qué en su frente no ha escrito  
Dios, del criminal el nombre?...

Quizá huérfano se lanza  
De la vida al torbellino,  
Y su razon aún no alcanza  
Ni á pintarle la esperanza,  
Ni á marcarle su camino.

Tal vez... pero causa espanto  
Que al ser humano esto cuadre,  
Sus padres no oigan su llanto  
Y olviden su deber santo;  
Mas... tiene ese niño madre?

Nó; que si madre tuviera,  
Ella en su pobreza ufana  
Tal dolor no consintiera;  
No tiene madre siquiera!  
Si la tiene, no es cristiana!

Vedlo en su triste horfandad  
Cómo vuestro apoyo implora;  
Su amarga suerte mirad  
Y si teneis caridad  
Prestad consuelo al que llora.

Vedlo con los ojos fijos  
De todo el que pasa en pos  
Diciendo males prolijos:  
Acordaos de vuestros hijos!  
Dadle limosna, por Dios!

JOSÉ MORENO CASTELLÓ.

Jaen: 1877.



## YO SIEMPRE TE AMARÉ.

## A Inés.

Yo siempre te amaré. Por más que ingrata  
Cuando fijas tus ojos en los míos  
Los apartas al punto indiferente  
Fingiendo ya desden ó ya desvío.

Por más que cuando cruzas á mi lado  
Siento mi corazón de pena herido,  
Y quiero de tí huir y al mismo tiempo  
Apartarme no puedo de mi sitio.

Por más que se refleje la alegría  
Breves instantes en mi rostro altivo,  
Y me crean dichoso los que ignoran  
El infierno que encierra el pecho mío.

Por más que divagando entre placeres  
Que á los jóvenes locos brinda el vicio  
Pretenda un día y otro vanamente  
Tu recuerdo, mujer, dar al olvido.

Por más que deseara aborrecerte,  
No podría jamás, ¡ay! conseguirlo;  
Pues eres tú mi ser y aunque no quiera  
Yo siempre te he de amar, dulce bien mío.

Ya sé que tú me quieres. Yo no ignoro  
Que tus ojos bebieron en los míos  
El fuego del amor que voraz arde  
En tu pecho más puro que el armiño.

Yo no ignoro también que la tristeza  
Cortando vá de tu existencia el hilo,  
Y que en tu corazón, á pesar tuyo,  
Mi nombre todavía se halla escrito.

Yo mirando tu rostro demacrado  
Por el llanto y las penas, adivino  
Que de insomnio en tus noches en mí sueñas  
Como despierto yo sueño contigo.

No sé si eres mujer ó si eres ángel;  
Si eres infierno, ó eres paraíso;  
Pues en tu amor, Inés, por mi mal hallo  
Mi existencia, mi gloria y mi martirio.

Pero seas ó no, poco me importa,  
Mujer, ángel, infierno ó paraíso,  
Parte eres de mi ser, y aunque no quiera  
Yo siempre te he de amar, dulce bien mío.

Yo no sé en este mundo miserable  
Qué porvenir resérvame el destino,  
Pues del mañana el misterioso velo  
Descorrer vanamente he pretendido.

Yo no sé si inconstante la fortuna  
Siempre se ha de portar ó no conmigo,  
Espinas arrojando ante mi paso  
Ó cubriendo de rosas mi camino.

Yo no sé si algún día nuestros pechos  
En amoroso abrazo confundidos  
Latirán á la vez, ó si en la ausencia  
Morirán de nostalgia á un tiempo mismo.

Yo nada de eso sé; mas desde ahora  
Te puedo asegurar que siempre fijo  
Llevaré tu recuerdo en mi memoria  
Sin que pueda jamás darle al olvido.

Léjos de tí, mujer, ó de tí cerca,  
Tu imagen adorada irá conmigo;  
Pues eres tú mi ser, y aunque no quiera  
Yo siempre te he de amar, dulce bien mío.

José F. SANMARTÍN y AGUIRRE.  
Valencia: 1877.

## LOS POETAS GRECO-ROMANOS.

**T**ODAS y cada una de las civilizaciones que se suceden en las razas, crean su poesía distinta, porque el poeta, miembro de una sociedad, individuo de un pueblo, nunca prescinde del todo de su personalidad, y sus obras siempre son el reflejo más ó menos fiel, de las luchas, de las tendencias, de las aspiraciones de su tiempo.

Si así no sucediera, es decir, si la poesía fuese únicamente la manifestación de las ideas

abstractas, sin que ningún lazo la ligara al país y á las civilizaciones á cuyo calor nació, no ejercería sobre nosotros ascendiente alguno, dejaría de ser el apasionado intérprete de las humanas teorías, y no nos halagaría con la esperanza de transmitir á otras edades, el recuerdo de las convulsiones político-filosófico-sociales, que agitan incesantemente á la humanidad.

El poeta, podrá ser siervo ó señor, monje ó guerrero, altivo ó mercenario, pero la poesía, por más que en parte haga con él suerte común, siempre será una divinidad visible y positiva para el hombre. La esclavitud se queda para los movimientos del cuerpo, no para las manifestaciones del alma: éstas, no hay poder humano que las detenga, son libres como el aire, como el pensamiento. El poeta puede vegetar entre el cieno de una sociedad corrompida, pero la poesía se emancipa una vez adquirida forma, y se desprende por completo del ser que la produjo: porque en el poeta existen dos naturalezas distintas, que —aunque armonizando entre sí—obran independientemente una de otra, el hombre y la idea.

Ahora bien: en las heroicas edades de la Grecia, bajo el hermosísimo cielo de la Jonia, un hombre extraordinario, cuya figura han casi borrado el paso de tantos siglos, cantó las primeras luchas de la fuerza con los débiles gérmenes de una civilización naciente apenas. El genio poderoso de Homero, invadió los pueblos griegos y la *Iliada* y la *Odisea* divinizadas por la admiración, se convirtieron en un canto de inmortalidad, que aún hoy, nos habla de la epopeya griega.

Los salvajes y bárbaros héroes que produjo la imaginación de Homero, el fogoso cantor del valor y las venganzas, se encuentran á pesar de todo, adornados de un sentimiento de humanidad inexplicable é impropio de aquellos tiempos, como para probarnos, que sólo la poesía, tiene el raro don de presentir algunas veces, dentro de los límites de la fantasía, lo que nos tiene reservado el porvenir.

Pasaron dos ó más siglos, y al cantor de Troya sucedió Hesíodo el cantor del trabajo y autor de *Las Obras y Los Días*. No podemos negar, que lo que más se destaca de la prosaica moral de aquel poeta, es el principio de aquel poeta, es el principio del derecho y de la justicia entendidos de un modo muy distinto del que lo entendía su predecesor. Hesíodo no tiene la inspiración de Homero, por eso no sedujo tanto la brillante imaginación de los griegos, pero en cambio se ocupó más que aquel de los intereses positivos de la Grecia y ¿quién sabe? acaso más que los Homeros, son útiles á la humanidad los Hesíodos, ¡sin duda vale más consagrar las luchas del trabajo con el segundo, que entusiasmarse con las sangrientos combates, que describe el primero!

A Hesíodo sucede Esquilo, el enemigo de la dominación extranjera y autor de *Los siete ante Tebas*. Esquilo es duro en su manera de decir, pero justo y al alentar el valor de sus compatriotas para rechazar la invasión de los persas, instintivamente comprende, que el género humano necesita una vida distinta del que le proporcionan la guerra y el odio; no obstante, lucha como guerrero en Salamina y canta como poeta, para animar á la raza helénica contra los bárbaros. Grecia triunfó y sus himnos de victoria mecieron la cuna de Lofódes el cantor de la paz, la personificación valiente y previsora de la civilización griega, que exaltando hasta el delirio el orgullo nacional, extinguió en los pueblos griegos los últimos restos de barbarie. Dulce y tierno el autor de *Artígonas* y de *Ajac* suavizó con sus tragedias las costumbres del país, ejerciendo una saludable influencia en su literatura.

Más tarde Eurípides, el filósofo del teatro,

como le llamaban sus críticos los atenienses, inició á los griegos en los misterios de la libertad humana, presentando con toda su desnudez á la Grecia, la inmoralidad de los dioses homéricos y espiritualista: ya, antes de la aparición de Platón, vierte en el teatro pensamientos elevadísimos sobre las relaciones de los hombres y de los pueblos. Antes filósofo que poeta, rechaza con energía el fatalismo de las edades que fueron, combate con vigor el politeísmo, y se sirve de las tradiciones que la edad heroica dejara á los griegos para contribuir al esplendor de su patria.

Pero Eurípides fué desoido y careciendo al fin Grecia de la vida propia, el genio de la poesía antigua se refugió en Roma, para amoldarse á otras costumbres y tomar otra forma, puesto que era distinto el país, y diferente el carácter de sus habitantes.

En su gran mayoría, así como los poetas griegos aspiraron á la guerra, los poetas romanos, después de las guerras civiles del último siglo de su república, tendieron á la paz, y entre los resplandores del siglo de Augusto se agita Horacio, el incansable patriota, cuya aspiración única y suprema es el poderío de Roma, como lo sintetiza en su magnífico *Canto secular*:

Alme sol....  
..... possi nihil Urbe Roma.  
Visere majus.

La armonía de la vida sólo la forman los contrastes; por eso al lado del vigoroso y enérgico Horacio, vemos la dulce figura de Virgilio, el príncipe de los poetas latinos, el cisne de Mantua, el ruisenor del Lacio, el amoroso cantor de Dido, suavizando con la inimitable ternura de sus versos, la aspereza de la sociedad romana. ¡Qué dulzura en el autor de la *Eneida* y *Las Georgicas*! ¿Es posible que aquella alma tan esquisita, tan espiritual, tan tierna, tan delicada, floreciera entre el estruendo de su época?

Horacio nos encanta, Virgilio nos seduce; el primero despierta el entusiasmo, el segundo la admiración; el uno arrastra, el otro subyuga; el uno necesita cantar á la patria, al otro le basta cantar el amor; el uno se inspira entre el fragor de los combates, el otro lanza sus acentos en la quietud de los bosques; aquel oprime entre sus labios la épica trompa de Homero, éste se contenta con arrancar al arpa tiernísimas notas; el uno es todo patriotismo, el otro todo sentimiento; ¡Horacio es la cabeza de una nación, Virgilio el alma de un pueblo!

A Ovidio, el apóstol decidido de la paz, el autor de *Las metamorfosis* y *Los Fastos* sucede Tibulo; á éste los poetas filósofos, con Lucano que fulmina su anatema contra las guerras; Séneca que pone en el teatro la filosofía en acción y luego los poetas satíricos con Juvenal á la cabeza, para reprochar con noble independencia sus vicios, á la sociedad romana, y maldecir la gloria de las armas.

Con Juvenal, el dios de la sátira, se abren paso los poetas epicúreos y eróticos. Lucrecio el continuador—aunque no con tanta gloria—de Virgilio, y los genios de la decadencia hasta Silvio Itálico, el cantor de las guerras púnicas, que fué quien cerró aquella brillante serie, que naciera entre los griegos, para morir entre los romanos.

Cuando los bárbaros llamaron á las puertas de Roma, los poetas enmudecieron, porque la poesía muere mucho antes de que empiece la agonía de un pueblo, su naturaleza en extremo delicada y exquisita, la hacen en un todo sensible á las convulsiones morales.

Si bien la poesía ha nacido entre los hombres para perpetuar sus glorias y sus infortunios, siempre ha sido el reflejo exacto de su vida, de su colectividad; mañana que las fronteras de los pueblos desaparecieran, que la humanidad se uniera como un solo hombre,



moriria, hija de los combates y los temores, sólo en la lucha puede vivir, para ella, como para todo lo del mundo, la inacción es la muerte.

¿Quién desconocerá que la poesía en sus diferentes transformaciones, responde con exactitud al estado de las naciones donde nace?

Si entre las brumas de la antigüedad, si entre las catástrofes de aquellas épocas, si en medio de las convulsiones de aquellas razas, la poesía osciló siempre entre los dos puntos culminantes de las primitivas civilizaciones: la guerra y la paz, ¿no debemos considerar esencialmente lógico, el carácter que la misma ha tomado en nuestros tiempos?

La poesía antigua se dedicó á las manifestaciones exteriores; así vemos á los poetas griegos y romanos, guerreros antes que poetas en su gran mayoría, y á nuestros contemporáneos, á los que se dedican al estudio de las evoluciones íntimas de cada ser, filósofos antes que poetas.

La antigüedad pobló el cielo de su poesía con héroes, belicosos, salvajes y bárbaros: el Aquiles y el Hector de Homero; los griegos de Hesiodo; el Mercurio y el Prometeo de Esquilo; el Filoctetes y el Neptolemo de Sófocles; la Hífigenia y la Palixena de Eurípides; el Apolo y el Rómulo de Horacio; la Dido y el Júpiter de Virgilio; el Alejandro y los persas de Lucano; el Pirro y el Agamenon de Séneca; el Anibal y el Jerjes de Juvenal; la Venus de Lucrecio; la Ceres y la Paz de Ovidio; el Lebrun de Tibulo, y el Marcelo de Silvio Itálico. Mas, todas estas creaciones han desaparecido arrebatadas por el huracán de las modernas civilizaciones, y en su lugar sólo quedan los vertiginosos actores de ese gran drama del corazón, de esa epopeya intensa, que tiende á desarrollarse, y cuyas desesperantes personificaciones, son: Ofelia; Macbeth; Hamlet; Margarita; Fausto; Werther; Manfredo; Don Juan; Harold, y toda esa pléyade de ideales que se han formado al calor de nuestras filosofías.

Homero, Virgilio y Ovidio, la trinidad de la poesía antigua, apenas tienen ya fuerza para enviarnos uno de sus débiles rayos. Un hombre se levanta de entre las nieblas de la Inglaterra, conmueve á la pensadora Alemania el prepotente genio de uno de sus hijos, á su sombrío fulgor cobra vida otro hijo de la nebulosa Albion y se destacan en el turbulento cielo de nuestra poesía filosófica, los nombres de Shakespeare, Goethe, y Byron, como reflejo fiel de la indecisión, de la duda, del temor, de la incertidumbre, de una época que tiende marcadamente á desenvolverse y escudriñar, las misteriosas regiones del alma de cada ser.

Nuevas razas, nuevas costumbres, otros pueblos, distinta poesía, todo cambia, todo se metamorfosea. Los poetas de la antigüedad miraban á su alrededor y describían; los modernos se asoman al fondo tempestuoso del corazón y adivinan; entonces la poesía cubría con un velo nuestras miserias, hoy se arma con el analizador escalpelo, para definir la emoción más imperceptible; ayer era guerrera con los salvajes y conquistadores pueblos que nos precedieron; hoy es filósofa, en medio de una generación que aunque poderosa, encierra en sí misma gérmenes mortales de raquismo moral.

EVELIO DEL MONTE.

Barcelona: 1877.

## LITERATURA EXTRANJERA.

### LA TINA DEI FADA.

Après la mort de Raphaël, l'inspiration du maître ne s'éteignit pas avec lui; l'Italie devint la patrie féconde d'une foule d'artistes

qui continuèrent les traditions du divin Sanzio.

Vers le milieu du seizième siècle, un des jeunes élèves de cette école, nommé Luigi Randazzo, était venu passer l'hiver à Nice pour soigner sa santé altérée.

C'était un jeune homme d'une constitution faible et malade, mais d'une imagination ardente. La souffrance physique avait développé en lui la sensibilité nerveuse et le goût au romanesque et au merveilleux. Il était, du reste, profondément érudit, amoureux des antiquités romaines, et capable de reconstruire, par le crayon, sur la seule vue de l'emplacement, toute une cité anéantie.

On comprend que Cimiers, la ville romaine détruite, devait être le but favori de ses promenades; il interrogeait curieusement les ruines il fouillait de regard la moindre crevasse du sol, comme si, par cette déchirure, allait apparaître une de ces belles statues mutilées, comme en rêaient les antiquaires; mais c'était surtout dans l'ancien cirque qu'il passait de longues journées, prolongeant ses rêveries bien après le coucher du soleil. Souvent la nuit noire l'avait surpris assis sur un gradin de l'amphithéâtre, et écoutant dans les bruits du vent comme un mystérieux écho du passé.

Les ruines du cirque ont donné lieu à maintes traditions superstitieuses. La nuit, au clair de la lune, les âmes des jeunes filles livrées au supplice reviennent dans l'arène, et ce sont leurs plaintes qu'on entend sous les arceaux brisés. Il n'est pas rare qu'on trouve le matin les épis encore couchés par la danse des fantômes; un bruit de chaînes accompagne ce bal nocturne.

La forme elliptique du cirque, et les apparitions qui le fréquentent, lui ont fait donner le nom de TINA DEI FADA, cuve des fées.

Il paraît qu'aux temps des persécutions une jeune chrétienne, de noble famille, avait été condamnée à être livrée aux bêtes féroces. La foi l'avait soutenue jusqu'à l'heure du supplice, et elle envisageait d'un œil inspiré les palmes du martyre; mais, amenée dans l'arène, quand elle entendit les rugissements des lions et des tigres, quand elle vit ces yeux ardents reluisant dans l'ombre des fosses, ces gueules formidables qui s'ouvraient pour la dévorer, ces dents aiguës qui allaient entrer dans sa chair et briser ses os, elle eut peur; toute sa constance s'évanouit et elle s'écria qu'on l'emmenât, qu'elle abjurait le christianisme et qu'elle sacrifierait sur l'autel des dieux.

Elle ne devait pas jouir longtemps d'une vie achetée par cette apostasie. Le bras de Dieu s'appesantit sur elle, et peu après elle mourut, tuée par la honte et les remords.

Cette histoire est restée dans les souvenirs populaires, et le fantôme de l'apostate est bien connu, pour avoir été vu souvent dans l'arène, pleurant et gémissant, comme une âme en peine.

L'esprit du peintre avait été frappé, on ne sait pourquoi, de cette légende; il avait même composé une série de tableaux représentant la jeune fille arrachée à ses parents, puis se-reine et forte devant ses juges, puis visitée dans sa prison par un rayon du ciel, puis vaincue par l'effroi dans le cirque, puis, enfin, repentante et désespérée à son lit de mort.

Or, un soir qu'il s'était attardé dans l'amphithéâtre, le bruit des oliviers agités par l'orage et de larges gouttes de pluie, qui commençaient à tomber, l'avertirent de chercher un abri. D'épais nuages voilaient le ciel où ne brillait pas une étoile, la nuit était tout à fait sombre, et les vents sifflaient avec fureur. Il ne fallait pas songer à regagner Nice. Luigi entra dans une de ces fosses où étaient autrefois enfermés les animaux. Il y resta longtemps, car la tempête redoublait de violence et la pluie tombait par torrents.

Peu à peu ses yeux s'accoutumèrent à l'obs-

curité, et il put se rendre compte à peu près de l'aspect de la fosse. A un endroit où les pierres s'étaient détachées du mur, il crut apercevoir une espèce de vague lueur; la cavité formée par l'éboulement était assez grande pour qu'il pût s'y engager; il y passa la tête, puis le corps tout entier, et se glissant à travers les décombres comme une couleuvre, il finit par arriver dans un conduit souterrain, où il pouvait marcher en se courbant un peu. Peut-être était-ce un aqueduc, peut-être un chemin secret par où les belluaires pénétraient dans l'amphithéâtre. Quoi qu'il en soit, cette voûte pouvait conduire dans quelque ruine inexplorée; c'était une trop bonne fortune pour être négligée par un antiquaire: aussi Luigi poursuivit-il résolument ses recherches.

Au bout de nombreux détours, il trouva le chemin barré par quelque chose comme une porte; il appuya contre l'obstacle, et la porte vermoulue, cédant à la pression, s'ouvrit tout à coup et laissa voir des appartements romains pavés de mosaïques et ornés de magnifiques statues de la meilleure époque. Les murailles étaient couvertes de peintures étrusques; et des lampes, suspendues aux lambris, des candélabres, rangés le long des colonnades, éclairaient le tout d'une vive lumière.

Il n'y avait pas à s'y méprendre; c'était bien une maison romaine, la maison d'un sénateur ou d'un consulaire. Mais comment ce palais avait-il échappé aux ravages des Lombards? Comment était-il resté pendant des siècles enfoui sous terre, dans un état parfait de conservation, aussi riche, aussi intact qu'au temps des Césars? Chose plus étrange encore, comment se faisait-il qu'il fût splendidement illuminé, et comment cette huile brûlait-elle depuis 1500 ans?

Comme Luigi, stupéfait, se demandait s'il rêvait ou s'il était éveillé, une jeune fille se présenta à lui, vêtue de la tunique et du pepum, et tenant une lampe antique à la main.

Pour le coup, Luigi marchait de surprise en surprise. Cette jeune patricienne était précisément la vierge de la légende; elle avait les traits sous lesquels il se l'était représentée, le costume qu'il lui avait prêté lui-même dans ses tableaux; enfin, c'était elle, la martyre timide, la chrétienne apostate, le type évoqué par ses pinceaux, ou bien jamais ressemblance n'avait été aussi merveilleuse.

Il serait impossible de dire ce qui se passa dans l'esprit dans le cœur du jeune peintre, à cet aspect. Mille idées confuses se pressèrent dans son cerveau; ce qu'il y a de singulier, c'est qu'il perdit toute notion du temps et de la réalité; il ne s'étonna plus de cette aventure incroyable, du lieu où il se trouvait, de la façon dont il y était parvenu; tout lui parut possible, logique et vraisemblable; et, par une bizarrerie encore plus inconcevable, cette apparition éveilla soudainement en lui un amour profond, irrésistible, désordonné, ou plutôt les rêves de son imagination d'artiste prirent un corps, la sympathie du peintre pour son idéal devint l'amour passionné d'un jeune homme pour une jeune fille, quand il eut sous ses yeux, vivante et palpable, celle qui n'avait été, jusqu'alors, pour lui, qu'une vision chimérique.

"Je t'aime, s'écria-t-il tout à coup, en se jetant aux pieds de la vierge romaine, sous l'empire d'une ivresse étrange; je t'aime, je t'appartiens depuis longtemps, sans le savoir, sans m'être rendu compte de l'instinct qui m'entraînait vers toi. Je t'ai aimée du jour où l'on m'a raconté ton histoire; je t'aimais quand je fixais sur la toile ta poétique et mélancolique figure; c'était l'amour qui conduisait mes pinceaux; je m'étonnais de leur facilité; je ne m'expliquais pas pourquoi ils se mouvaient d'eux-mêmes, et pourquoi ton visage venait se placer tout seul, pour ainsi dire, sur ma toile. Je comprends tout maintenant; je n'étais pas un peintre, j'étais un amant. C'est pourquoi



les autres femmes n'étaient indifférentes; c'est pourquoi je passais ici des nuits solitaires: quelque chose me disait que ces ruines n'étaient pas inanimées; que ce sol, fermé pour le vulgaire, cachait dans son sein mon âme, moi, ma mystérieuse amante. Une force invincible me poussait dans tes bras. Sois à moi! soyons unis à jamais dans la vie ou dans la mort! pour toi je renonce au soleil, à l'air extérieur, à la vue des humains. Nous habiterons ensemble ces portiques souterrains; ces voûtes seront notre monde, ces lampes notre jour radieux, ces statues notre cour. Rien ne troublera nos amours ensevelies dans les entrailles de la terre; je suis à toi, je me voue à toi, je me donne corps et âme à toi."

La jeune fille ne répondit rien; mais elle se pencha vers le peintre agenouillé et déposa un baiser sur son front. Ses lèvres étaient froides comme du marbre, et cependant ce baiser glacé brûla le jeune homme comme un fer chaud; puis elle se releva, lente et silencieuse; ses regards, attachés sur ceux de son fiancé avec une fixité effrayante, brillèrent d'une flamme surnaturelle; d'une main elle releva sa lampe à la hauteur de sa tête, de l'autre elle fit signe au jeune homme de la suivre.

Celui-ci n'hésita pas un instant et s'élança derrière elle ne semblait pas faire un mouvement; ses pieds n'agitaient pas sa robe, et pourtant elle marchait ou plutôt glissait si rapidement sur la mosaïque que Luigi avait peine à ne pas la perdre de vue.

Enfin une porte, gardée par des esclaves muets, s'ouvrit; un courant d'air éteignit la lampe, et Luigi se retrouva, avec son guide mystérieux, dans l'arène de Cimiers, au centre même de l'amphithéâtre.

Mais ce n'était plus l'amphithéâtre ruiné et désert qu'il avait vu la veille. La tempête avait cessé; la lune, large et pleine, brillait au ciel et éclairait un cirque dont toutes les murailles étaient debout, et dont les gradins, formés de larges dalles, étaient occupés par une multitude d'hommes et de femmes revêtus du costume antique. Seulement, aucune rumeur, aucune voix ne s'élevait du sein de cette foule immobile; on n'entendait qu'un bruit de chaînes, et le rugissement des lions et des panthères, impatients de leur proie.

Les lèvres de la jeune fille s'agitèrent, mais aucun ton n'en sortit; elle ne parlait pas, et pourtant Luigi entendit distinctement au dedans de lui-même ces paroles effarées: "Sauve-moi, et je suis à toi! sauve-moi et je renie Dieu! sauve-moi et je t'attends dans la couche nuptiale!"

A ce moment, les rugissements des bêtes fauves redoublèrent; les grilles de fer roulèrent sur leurs gonds; les fosses béantes s'ouvrirent et vomirent leurs hôtes féroces; les ours, les tigres, les lions, les léopards s'élançèrent dans l'enceinte. La jeune fille, de pâle qu'elle était, devint livide; ses yeux se fermèrent; elle s'affaissa sur elle-même, et tomba dans les bras de son amant.

Celui-ci, résolu à périr avec elle, se jeta au-devant des animaux furieux; déjà il allongeait le bras pour l'enfoncer dans la gueule ardente de l'un d'eux, quand par une inspiration soudaine il eut l'idée de faire le signe de la croix.

Au même instant, la lune disparaissait derrière l'horizon; les premières lueurs de l'aube commençaient à blanchir sur le sommet du Mont-Chauve, et le cri du coq retentissait dans les fermes voisines.

Un vent frais agita les feuilles des arbres et passa délicieusement sur le front de Luigi, qui sembla renaître à la vie.

Cependant les yeux enflammés des tigres pâlissaient, les contours de leurs têtes monstrueuses s'effaçaient peu à peu; leurs corps tachetés se décoloraient et devenaient presque diaphanes, si bien que Luigi croyait voir les

arbres à travers leurs flancs de moins en moins opaques; les lignes du cirque allaient s'aminçant et perdant leurs formes qui se dégradaient et s'estompaient; les figures des spectateurs n'apparaissaient plus que dans un brouillard, et bientôt ce ne fut en effet qu'une de ces vapeurs du matin qui s'élèvent après une nuit pluvieuse.

Quand le soleil parut, il ne restait plus rien de ce théâtre populeux que les ruines accoutumées. La jeune fille avait disparu comme les tigres, comme les spectateurs, comme les gradins.

En vain le peintre essaya de pénétrer de nouveau dans la cavité où il s'était engagé si témérairement. Il y avait bien un éboulement à cet endroit, mais voilà tout. C'était un creux d'un pied de profondeur, derrière lequel était la terre ferme.

Lecteur, voici la légende; interprétez-la comme vous l'entendrez: croyez, si vous voulez, que Luigi Randazzo s'était endormi dans la fosse et avait rêvé tout ce drame fantastique; j'y consens. Quant à moi, j'aime mieux croire aux revenants, et je suis d'avis qu'il était grand temps que le cop chantât.

MARIE-LETICIA RATTAZZI.

Paris.

## LA FLOR DEL CEMENTERIO.

### CAPÍTULO VII.

#### El primer lauro.

(CONTINUACION.)

Fernán-Caballero tiene razón: las mujeres de más talento, esas que sienten hervir y revolverse las ideas en su cerebro, como mariposas brillantes que pugnasen por romper el fanal que las encierra, son las menos capaces de preparar la telita de araña de que pende muchas veces la dicha de la vida.

Las medianías tienen una habilidad especial para saber lo que las conviene, y llegar á donde quieren ir.

La mujer de genio, la mujer de corazón, sigue su impulso sin analizarle ni defenderse de él.

Eugenia de Ochoa estaba dotada de todas esas condiciones, negativas para la dicha real, pues, la dicha de la vida viene á ser como una imposición que nos hacemos á nosotros mismos, de llamar así á una situación que acaba por fastidiarnos soberanamente con su monótona igualdad, pero que, si la comparamos con otra peor, siempre nos ofrece ventaja.

La dicha es—nos decía hace poco un discreto amigo nuestro, que nos hacía reír grandemente con sus oportunas definiciones,—una especie de ebullición de los sentimientos, que suben en relación al calor que desarrolla el entusiasmo, ni más ni menos que el agua de una cafetera con la proximidad de la mecha encendida; pero que, como ésta, ó se agota ó se vierte, si el calor no se retira á tiempo; esto es, si el límite de la prudencia y el conocimiento de la realidad, no contienen aspiraciones siempre peligrosas, porque son siempre imposibles.

Suprimamos, lector, las filosofías, y volvamos á Eugenia.

Ya sabes, y perdona la confianza que nos tomamos contigo, pues, según dice Manuel del Palacio:

Entre reyes y vates, no es vileza  
llamar á Dios de tú....

Ya sabes que Eugenia, de brillante inteligencia y de gran corazón, tenía á pesar de estas cualidades, y acaso á causa de ellas, la desgracia de no ver la realidad de las cosas, tal como es en sí, sino tal como sus gustos artísticos y sus elevados sentimientos se las fingían, creyendo hallar lo bueno, lo bello y lo digno por todas partes, como regla, en vez de buscarlo ¡ay! como excepción.

Después de saber esto, sigue adelante, y no te extrañes de nada, que como buen español es fuerza que recuerdes la obra de nuestro inmortal Cervantes, y ahora como entonces, la abnegación, la generosidad, la bondad y la sencillez, salen de su peregrinación á través de la vida, apedreadas por galeotes, pegadas por arrieros, corridas por yangüeses y ridiculizadas por necios, que ese es el calvario que les está marcado de antemano.

Como prueba de imparcialidad debemos hacer constar que el talento debe consistir en resguardar esas altas cualidades de tan brutales acometidas, y así sucede con esos talentos prácticos, digámoslo así, que calculan ventajas y

miden conveniencias, pero no con esos otros que tienen por base la idealidad del genio, especie de velo interpuesto entre el deseo y la verdad que presta á ésta los vivos matices con que aquel se engalana.

Leamos una página del corazón de Eugenia, que representa su pasado, y vengamos después á su presente.

Hacia algún tiempo, cuando vivía bajo el amparo de su anciana abuela, que había conocido á un marino llamado Ricardo Valenzuela, el cual le había inspirado una viva simpatía. Leal, pundonoroso y valiente, aquel hombre realizaba la creencia que de los hombres tenía la sencilla joven, y al tratarle y conocer la nobleza de sus sentimientos, no dió á éstos el valor que debe darse á lo que honra con excepcional grandeza á la sociedad en que se muestra, sino que la aceptó como una cualidad apreciable, sí, pero general y casi obligatoria en el hombre. La simpatía, rosada aurora de ese sol de las almas que se llama amor, unió bien pronto aquellos dos corazones, tan nobles, tan puros, tan dignos el uno del otro.

Ricardo amó desde luego á Eugenia con ese amor tranquilo, pero grande, único, tan propio de esas naturalezas privilegiadas que se apegan á los sentimientos como la ostra á la concha, y viven con ellos, y con su recuerdo mueren. Eugenia le amó también; pero su amor, si bien era puro y grande, sentía las oscilaciones de su carácter, que seguía á su vez el vuelo de su fantasía.

Ricardo era pobre, aunque de noble familia: hasta obtener un adelanto en su carrera no le era posible unirse á Eugenia, y como necesariamente había de separarse de ella, sentía una inquietud vaga al pensar en lo que podría reservarle el porvenir.

Conocía perfectamente los nobles sentimientos de la joven, su grandeza de alma, la elevación de sus ideas; pero en el carácter de Eugenia, en el cual alternaban como alternan dos colores en la movible luz de un faro, el desaliento y la esperanza, el entusiasmo y el cansancio, veía algo que no definía, y que le asustaba sin saber por qué.

Cuando Eugenia le habló de su decisión de pintar para vender sus cuadros, Ricardo tembló, y sus temores se hicieron más vivos, más sombríos; no tenían causa, y la tuvieron. Él sabía lo que atrae ese magnetismo á que llamamos gloria, nombre más en armonía con las esperanzas que inspira que con las realidades que ofrece; él comprendía que el eco de los aplausos es una especie de canto de sirena, que estravia el pensamiento; él se figuraba lo que puede influir la vanidad en las decisiones de una mujer impresionable y entusiasta.

Pero le era imposible emplear el único medio que podía darle el derecho de disponer á su antojo de la suerte de Eugenia, y hubo de resignarse, haciendo solamente algunas observaciones, que es fuerza confesar no fueron muy del agrado de la novel artista.

Tal era la situación de ambos amantes cuando los presentamos á nuestros lectores, sin que les demos más detalles, pues han de conocerles mejor juzgándolos por sí mismos en el curso de esta historia.

Veamos ahora, volviendo á lo presente, cómo participaba Eugenia á Ricardo su triunfo:

«Ya sabrás, mi querido Ricardo, que mi cuadro *La Esperanza* ha sido premiado y adquirido por la Diputación provincial. Yo que me creía tan sola, yo que me hallaba tan desgraciada, hoy recibo aplausos y felicitaciones, hoy se me desea en todas partes, estoy de moda, como suele decirse, y por donde quiera que voy, vuelven la cabeza para conocerme, y me miran con extrañeza, más bien que con curiosidad. Tan raro es el talento en la mujer? No; lo que es raro en nuestra patria es el valor de mostrar ese talento porque dicen que él se atrae la enemistad de las mujeres, y en muchos casos las burlas de los hombres. Por qué? No me lo explico. En la mujer se comprende algo de envidia, algo de oculta indignación contra la que elevándose, atrae las miradas y los homenajes, pero en el hombre no es posible! Y después de todo, qué importa ese desden, si al cabo han de rendir el tributo que les exige un triunfo adquirido en buena ley, sin otras armas que la inteligencia y el firme empeño de una voluntad!

»Ah Ricardo! Cuando he visto ante mí un público entusiasta que me aplaudía, que me miraba con afán, te lo confieso, una especie de fascinación y deslumbramiento se ha apoderado de mí.... Aplaudían, y eran para mí aquellos aplausos!... Hablaban todos del mismo asunto, y en aquellas conversaciones se mezclaba mi nombre!... Mi cuadro era discutido, ensalzado.... será esta la celebridad?... Será esta la gloria? Oh! Qué cosa tan bella!... Ser conocida de todos, ser algo más que un cero en la cifra *humanidad!*.... Sí, esto es grande, es hermoso, y yo lo conseguiré!... Trabajaré mucho, sin descanso, y cada nueva obra mía será una hoja con las que forme esa corona que dicen que es inmortal!...

»Oh! la vida es bella cuando tiene un objeto, y la mía lo tiene ya! Soy pintora, soy artista!... ¿Comprendes que esto me haga feliz?... Hasta mi pobre Luisa, tan agena siempre á cuanto la rodea que parece que vive sobre las nubes, se



ha interesado, se ha conmovido con el éxito de mi obra. Me habla con más respeto, con más ternura y parece que me agradece la parte de gloria que ha de tocarle como hermana mía!

«Qué felicidad!... Sólo me faltas tú para ser completamente feliz!

*Eugenia.*»

De tal modo simpatizamos con nuestra heroína que hemos de disculparla aún después de leer su carta. ¿Quién no ha sentido alguna vez en la vida una de esas embriagueces de los sentidos y del corazón que tan extraños efectos producen?... Qué joven abogado no ha tenido el deseo de retratarse con la toga; qué diputado novel no ha ensayado en el comedor de su casa el efecto de su voz en un discurso; qué aprendiz de diplomático no se ha mirado orgulloso en el espejo, satisfecho de ver en su levita ese juguete de los hombres serios á que llaman condecoración; que gobernador no se ha probado la faja, y qué oficial de la milicia no ha extendido con orgullo el brazo el día que le ha adornado poniendo en la manga una estrella más?... Por fortuna el hombre puede estudiar en sí mismo á la humanidad, y, para ser indulgente con sus propias debilidades, necesita disculpar las ajenas.

## CAPÍTULO VIII.

### Sueños y realidades.

El deseo de seguir de cerca á nuestros personajes para darlos á conocer al lector, nos ha hecho descuidar la presentación de algunos de ellos que han de influir poderosamente en el desarrollo de ese pequeño drama que está, invisible á veces, en el fondo de todo acontecimiento, como se oculta en la novela ligera la historia triste, en la sonrisa el llanto, y la mariposa en la oruga.

Hoy le toca su vez á Ricardo, el bravo marino á quien Eugenia había dirigido su carta participándole su triunfo, con algo de esa embriaguez que degenera en pedertería cuando no la defiende del ridículo la nobleza de un sentimiento y la sencillez de un corazón.

La sociedad se forma de contrastes bien extraños, y no es culpa del que la estudia y la copia, bien en sus libros, bien en sus cuadros, que el pincel ó la pluma hayan de reproducir, deformidades que asustan, ó bellezas que encantan. En la vida real las vemos á cada paso, y es fuerza fijarse en ellas...

Sólo se libran del análisis del observador esas medianías incoloras que ningún rasgo notable presentan ni en el bien ni en el mal. Incapaces de la iniciativa que lleva al primero, y del valor que impulsa al segundo, pasan la vida como figuras inanimadas encargadas por el Gran Artista, de llenar los vacíos que resultan en todo cuadro detrás de los principales personajes.

No pertenecía á éstas seguramente Ricardo Valenzuela; joven, gallardo, valiente, tenía un gran defecto para la vida práctica en cada una de esas cualidades que eran un mérito moralmente consideradas. Su franqueza algo brusca; su generosidad acaso exagerada; su buena fe—y dejamos á esta hermosa frase todo el valor de las nobles acepciones á que se presta;—su confianza en todo; su tranquilidad en el porvenir, habrían hecho reír á cualquiera de nuestros *gominos* escépticos que hacen gala de no creer, y mérito de no sentir.

La carta de Eugenia fué á buscarle á Barcelona, donde, á bordo de la fragata X<sup>ooo</sup>, de que era oficial, esperaba tranquilamente el momento de hacerse á la mar, soñando esperanzas, que allá á lo lejos, entre el horizonte brillado por el sol, tomaban la forma vaga de una silueta de mujer.... y el bravo marino, el que no hubiera vacilado á una orden de sus jefes en deslizar con sus cañones la hermosa ciudad que el mar envolvía en sus neblinas y besaba con sus olas, sentía humedecerse sus ojos con el llanto, cuando le parecía ver la imagen de Eugenia destacándose sobre el azul de lo infinito, formada por los blancos celajes de la tarde como una aparición fantástica, que para alentarle surgía ante sus ojos.

Aquella carta con tanto afán esperada, había llevado á su corazón algo parecido al soplo frío de un desengaño, y al acabar de leerla estaba pálido, y su mirada abstraída parecía brillar con una expresión de enojo y de dolor.

—¿Qué tienes? Le preguntaba su amigo y compañero Enrique Velasco, con tanta inquietud como sorpresa.

—Nada, contestaba Ricardo: que me engañaba al creer que hay seres superiores sobre la tierra... todos son iguales!... Barro miserable, cuya quebradiza naturaleza no resiste al primer golpe!...

—¿Qué filosofías tan extrañas!... ¿Qué diablos has soñado para que así nos pulverices á todos!...

—He despertado de un sueño, y nada más!

—Mira, Ricardo: si no te explicas pierdes el tiempo lastimosamente! Aquí donde me ves, no he podido en mi vida descifrar una charada, ni leer los malditos geroglíficos, ni

comprender un enigma. Con que... si deseas que te entienda, hazme el favor de hablar poniendo los puntos sobre las *iii*...

—¿Qué quieres que te diga! Acaso me creas injusto!... Sabes de quién es esta carta? preguntó de repente mostrándole una.

—Hombre! No se necesita mucho para adivinarlo! será de Eugenia, de esa adorable mujer de quien te oigo hablar con frecuencia.

—Sí, es de Eugenia, pero esa mujer adorable, como dices muy bien, no me escribe hoy como un ángel, sino como una mujer...

—Ricardo, qué deliciosa afirmación!... ¡Já! ¡já! ¡já! pues acaso los ángeles escriben!... Estarían bonitos, con sus manos regordetas manchadas de tinta, y sus mejillas mofetudas animadas por la inspiración!

—Te burlas de todo, y es inútil hablar en serio contigo...

—Y qué quieres que haga? No ha de inspirarme risa tu afirmación de que tu novia es una mujer!...

—No creo que merezca risa la tristeza mía, dijo Ricardo con acento serio.

—Eso es otra cosa, contestó Enrique pasando su brazo sobre el hombro de su amigo; si estás triste soy capaz hasta de llorar, si lo exiges... pero eso sería muy cándido. Cuéntame el motivo de tu tristeza.

—En realidad no tiene motivo, es más bien un presentimiento...

—Sepámosle...

—Eugenia ha ganado un premio en la Exposición de Bellas Artes de Cádiz, con un lienzo que ha pintado.

—Diablo!... Y eso te entristece!... Pues mira, de fijo que no lo hubiera sospechado nunca.

—No me has dejado acabar... No puedo entristecerme, antes bien, me halaga mucho el que sea aplaudida; lo que me entristece es su carta.

—Por qué?...

—Porque en ella leo el porvenir... Porque Eugenia, triste ayer, dulce, modesta y cariñosa, ante los primeros aplausos demuestra orgullo, ambición, indiferencia...

—Tú sueñas!...

—No, lee su carta y dime si ahí se encierra una sola frase de ternura ó de esperanza; dime si parece escrita por la misma mano que las otras.

Enrique tomó la carta y la leyó sonriendo...

Esta escena tenía lugar en una de nuestras fragatas de guerra, sobre cubierta, una hermosa tarde de Abril. No hay nada más grande y majestuoso que el aspecto del mar en las últimas horas de luz; parece que el horizonte se enciende, que sus velos azules se desgarran y se descubre un gran vacío luminoso, sobre el cual flotan gasas de oro y túles de rosa.

Ricardo, muy acostumbrado á contemplarlo, como gran admirador que era de la naturaleza, esta tarde, abstraído en sus pensamientos, no parecía ocuparse de ello; en cuanto á Enrique, miraba cuanto le rodeaba con la misma ligereza con que se miraba á sí mismo...

Dichosos caracteres que parecen destinados á no ver nunca la realidad de las cosas, y á recoger en la superficie de la vida los tesoros que encierra!

En tanto que él leía, y Ricardo seguía con la vista una gaviota que mojaba sus alas en la espuma y levantaba el vuelo, digamos algo acerca de ellos á nuestros lectores. El retrato de un hombre suele hacerse con una línea, con una frase...

La minuciosidad en los detalles es una insoportable monotonía.

Ricardo era alto, tenía unos magníficos ojos negros—los más hermosos del mundo, según Eugenia;—una frente noble y despejada, y manos y pies de forma fina y aristocrática.

Enrique, de mediana estatura, rubio, blanco, con barba fina y rizada, tenía un alicorito burlon que se unía bien á la mirada taimadita y vivaz de sus ojos azules.

—Y bien, dijo Enrique acabando de leer, no encuentro en esta cartanada que pueda disgustarte.

—Que nó! Pues no ves su indiferencia, su desden, el aire de superioridad que adopta conmigo, y sobre todo, el que no se le ocurra pensar en lo que yo hubiera gozado participando de su triunfo?...

—No veo, á la verdad nada de eso: veo una mujer que se enorgullece ante la idea de un porvenir de gloria, y esto es muy natural.

—Para quien ama no hay más gloria que el amor!...

—¿De dónde sales, mi querido Ricardo, con esas ideas anticuadas?... La gloria hoy admite perfectamente el plural, y se puede tener la gloria del amor, sin dejar por eso de ambicionar la gloria del arte.

—No lo entiendo así: el amor, como dicen muy bien los franceses, es el egoísmo de dos seres: fuera de ellos no existe nada: así creía yo encontrar el amor de Eugenia y maldigo los pinceles...

—¡Já! ¡já! ¡já! le interrumpió Enrique, estos egoístas del género sublime no se andan por las ramas!... Son unos ex-

clusivistas semi-salvajes lo más temible del mundo!... Sabes que harías un marido endiablado?

—Por qué?

—Porque es imposible esa vida que tú sueñas! Pero, hablando en serio: no es Eugenia pobre, y gana con sus pinceles lo que necesita?

—Sí, dijo Ricardo bajando tristemente la cabeza.

—Puedes tú hoy casarte con ella, y sin casarte, puedes subvenir á sus necesidades?

—Desgraciadamente, no.

—Pues entonces qué quieres que haga? ó es que para ser honrada una mujer que por faltas ajenas ha quedado pobre, necesita morirse de hambre?

—No exageres!...

—Es que no hay término medio: con el absurdo sistema de no educar á la mujer, de no dárle una carrera decente y digna según su clase, de no hacer reproductivo su trabajo, se la deja abandonada en un desierto en el cual no hay más que dos caminos, que necesariamente ha de elegir... ó se muere en la miseria, ó...

—Me estás haciendo daño, Enrique! Yo no me opongo á que Eugenia pinte, pero no veo la necesidad de que firme sus cuadros; pertenece á una familia ilustre, y ya ves... una artista!...

—Y qué? Será menos noble porque tiene talento? Imposible parece que tú repitas tan absurdas preocupaciones!... Quiere decir que en vez de una aristocracia tendrá dos, y seguramente que la que gana vale más que la que hereda!

—Oh! no niego que la inteligencia ocupa el primer lugar en el mundo, pero una mujer no puede sostener las luchas á que ella dá lugar, ni puede alejar los dardos de la envidia.

—Hombre ó mujer, qué más dá? Acaso tienen distintos sentimientos?... Del mismo modo pueden luchar, y vencer con idéntica defensa, y enorgullecerse con el mismo triunfo. Las flores tienen sexo distinto, y sin embargo, á la vista halagan y gustan sin diferencia alguna: flores de ese mundo ideal del arte son los pensamientos, que si parten de seres distintos se igualan por la belleza...

(Continuará.)

PATROCINIO DE BIEDMA.

## BIBLIOGRAFÍA

OBRAS RECIBIDAS EN ESTA REDACCION, REMITIDAS POR SUS AUTORES Ó EDITORES.

*Biblioteca universal, colección de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros.* Soulié, LAS CUATRO ÉPOCAS, tomo primero. Elegantemente vertido al castellano por nuestro distinguido colaborador D. Guillermo Autran. Véndese en Madrid, Leganitos, 19.

*Centro protector de la mujer*, proyecto por D. L. A. de la T., presbítero, abogado del Ilustre Colegio de Madrid. Este folleto, lleno de interesantes datos acerca de la educación moral de la mujer, y protección del Estado y la sociedad, lo dedica su autor á las señoras de España, á la prensa, y á todos los hombres pensadores, esperando lo protejan. Se reparte gratis, y se envía á quien lo pida. Lobo, 10, segundo, Madrid.

*Acta de la sesión pública celebrada por la Sociedad protectora de los animales y las plantas, de Cádiz.* Contiene los notables discursos que se pronunciaron con motivo de la adjudicación de los premios obtenidos en el concurso CONTRA LAS CORRIDAS DE TOROS, promovido por la señora viuda de Dollfús.

*Diccionario doméstico*, tesoro de las familias ó repertorio universal de conocimientos útiles. Contiene más de 4.000 fórmulas, preceptos ó recetas de fácil ejecución. Véndese en Madrid, librería de C. Bailly-Baillieres, plaza de Sta. Ana, núm. 10.

*Historia política del Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta*, escrita por D. Carlos Mas-sa Sanguinetti.

Esta interesante obra, que abraza el período más importante de nuestra historia contemporánea, encierra preciosos datos de la vida política del gran hombre de Estado, del eminente orador y escritor notabilísimo, que honra con su nombre nuestra publicación.

Como el CÁDIZ ha de ocuparse en sus *celebridades contemporáneas* de nuestro ilustrado



amigo el Sr. Sagasta, nos limitamos á recomendar la obra, que se halla de venta en Madrid en las principales librerías, al precio de 30 reales.

*Sesión solemne celebrada por la Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras, con motivo de la recepción del Sr. D. José M. Fernandez de Cires.*

De propósito hemos dejado para la última la noticia de este folleto, pues queremos dar más extensión á nuestro juicio, cumpliendo así la promesa que el CÁDIZ hizo á sus lectores, de emitir su opinion acerca de los dos notables discursos que dejamos citados, tan pronto como tuviésemos ocasion de leerlos.

Recordábamos perfectamente la lectura de ellos, y no había cambiado en nada la impresion favorable que en nosotros produjeron, pero las distintas opiniones que acerca de estos dos importantes discursos hemos oido, y la controversia suscitada en algunos de nuestros apreciables colegas de la plaza sobre el del señor Alvarez Espino, nos hacian desear más el poder juzgarles, no bajo la impresion de la voz del autor, que siempre sabe hacer simpático el pensamiento que expresa, sino en el frio análisis de una lectura, en la cual no guia otro móvil que el deseo de apreciar en su valor las elucubraciones del talento, que siempre enseña, y las galas de la fantasía que recrean siempre.

Algo más hay que buscar en los discursos de que nos ocupamos, pues en ellos campea erudicion histórica y apreciaciones científicas de gran importancia para que pasen desatendidas. El discurso del Sr. Fernandez de Cires, basado en las ciencias morales, demuestra ámpliamente el talento de su autor, y sus conocimientos históricos, que le hacen desarrollar con gallarda frase el cuadro doloroso de la sociedad pagana, y la regeneracion implantada por el cristianismo, que eleva al ser moral, y limita en el deber todos los derechos materiales de que el hombre se cree investido. Con mucho gusto hemos leído este discurso que no pudimos apreciar en su verdadero valor oyendo su lectura, por esos mil rumores inevitables en una reunion numerosa, y tambien por la conmocion que embargaba la voz del nuevo académico. Le felicitamos sinceramente por su bella obra.

Al leer el que le sigue, contestacion del señor Alvarez Espino, confesamos haber prestado toda nuestra atencion para sorprender en sus letras el espíritu anti-católico de que se le ha acusado, y no hemos podido encontrarlo.

Científico, más que religioso, como cumplia á la mision que llenaba, eleva la idea de la ciencia, con bellos pensamientos y elegante frase, pero no á costa de las creencias católicas, que, ántes al contrario, enaltece.

Con acento tranquilo y mirada serena, analiza, juzga y señala los males de la sociedad moderna, y muestra en la ciencia el medio de deshacer sus errores, depurándola de la mancha que la ignorancia arroja sobre ella, sin que de ningun modo implique el deseo ó el propósito de emanciparla del suave yugo de la fe, para entregarla incrédula á la ciencia, sino el de aunar ambas cosas, complemento de la vida del hombre, mezcla de anhelos infinitos y de necesidades materiales.

“La razon tocada por el dedo de Dios, no puede encerrar sino una ciencia sana,” dice, con gran propiedad y belleza; “observar cómo la ciencia y la fe han tenido sus héroes y sus tiranos, exclama despues: los héroes de la ciencia se llaman *genios*, los de la fe, *santos*; los que esclavizan á la razon se llaman *déspotas*, y los que tiranizan á la fe, *verdugos*.”

Al decir que la sociedad moderna “pregona á la razon el Cristo moderno; la ciencia el Evangelio del siglo XIX; el libro el Sinaí de la humanidad presente; la cátedra el Gólgota de la actualidad; y los sábios el apostolado

que tal vez se prepara para la nueva redencion,” no infiere, á nuestro parecer, ofensa alguna al catolicismo, sino que, inspirándose en el recuerdo de sus misterios, usa como un símbolo de gran valor esas imágenes, siempre atractivas para una sociedad religiosa, porque revisten la aspiracion humana con el espléndido atavío de la verdad divina.

Hé aquí ahora las frases tan controvertidas desde que un periódico las reprodujo en muestra de aprobacion: “¿Acaso no fué ayer dócilmente crédula la ciencia por apoyarse en la fe? ¿Por qué, pues, no ha de ser hoy la fe racionalmente sólida por apoyarse tambien en la ciencia?...” Confesamos que no vemos en estas dos preguntas nada que alarme la conciencia del sentimiento religioso, así como no lo hallamos tampoco en el pensamiento general del discurso ni en las tendencias que demuestra.

Podrá haber, y habrá seguramente, libertad en sus símiles, en sus apreciaciones y deseos, pero no hay ofensa determinada á ningun sentimiento, no hay intencion de herir creencias ni de impugnar verdades reconocidas como incontrovertibles, no hay en fin, espíritu de oposicion entre el autor y la sociedad en que vive, ántes bien hay el deseo claro y visible de elevar á la altura de lo que más respetamos, de lo que más anhelamos conservar, la aspiracion de esa, muy propiamente llamada nueva regeneracion, puesto que la ignorancia es la esclavitud del pensamiento, que en vano quiere tender su vuelo á lo desconocido, si la ciencia, ilustrándole, no le presta esas alas que han de sostenerle en los espacios ideales de las aspiraciones moderna.

Nuestro periódico no tiene condiciones para dar á este juicio más amplia forma, y creemos que basta lo expuesto para cumplir el compromiso contraido con nuestros lectores, diciéndoles nuestra opinion acerca de los notables discursos de que tratamos, y al mismo tiempo satisfacer nuestro deseo de felicitar á sus distinguidos autores; terminaremos, pues, con una advertencia: hemos dicho nuestra opinion, segun nuestro criterio; podrá ser equivocada, pero está dicha con leal sinceridad; por costumbre y por carácter, no volvemos nunca sobre una afirmacion; respetando el derecho de todos á formular su juicio, nada tendríamos que contestar si hubiese quien hallara equivocado el nuestro.

Felicitamos á los Sres. Fernandez de Cires y Alvarez Espino, y les agradecemos infinito los ejemplares de sus bellos discursos que han remitido á esta redaccion.

BRUNETTO.

### Correspondencia del CÁDIZ.

D. P. M. Sagasta.—Madrid.

—Mucho agradezco, mi ilustre amigo, la amabilidad con que cumple mis deseos, y sus ofrecimientos, que estimo en tanto. Mi CÁDIZ está orgulloso de su aprobacion, y de la proteccion que le dispensa. El libro que tiene la bondad de enviarme, me gusta mucho, y es precisamente lo que deseaba.

Señorita de Cúllar de Baza.—Jaen.

—Se han servido las suscripciones que avisas. Te agradezco muy de corazon tus deseos y cariño hácia mí que sabes corresponder.

D. J. R. Garat.—Puente Genil.

—Recibida la libranza importe de un semestre; cumpliendo sus deseos se le considerará como suscriptor permanente, en tanto que el CÁDIZ se publique.

Mil gracias por sus ofrecimientos.

D. A. de Cárlos.—Madrid.

—Mucho me complace su aprobacion á el primer grabado de mi revista.

D. T. Guerrero.—Madrid.

—Agradezco su poesia y la de Sepúlveda, que son preciosas.

No olvide V. que mis lectores esperan las fotografías de la nodriza, de las cuales sólo han visto una.

Sr. Vizcondede la Villa de Miranda.—Madrid.

—Mil y mil gracias por sus amables frases y promesas, que aprecio infinito. Segun sus deseos se le considerará como suscriptor primitivo y permanente del CÁDIZ, que se honra en ello, así como yo con sus elogios.

D. F. G. Caballero.—Sevilla.

—Soy yo quien tiene que agradecer á Vd. su excesiva amabilidad para conmigo: espero las «Creencias de antaño», y si quiere que se envíen directamente á su señora madre los ejemplares del CÁDIZ que lleven sus escritos, sírvase indicarlo.

Era tan justo el escribir á Vd., que sólo su mucha bondad hubiera podido dispensarme de no hacerlo.

D.ª C. Gimeno.—Madrid.

—Apruebo tu proyecto, que tendrá buen éxito. Hoy no puedo darte ninguna novela mia, porque ya tengo hecho un contrato de todas con un editor de Cádiz.

D. J. E. Hartzenbusch.—Madrid.

—Mucho le agradezco su bondad en ocuparse de mis deseos, proporcionándome sus escritos para el CÁDIZ: ya sabe que los recibiré con la consideracion que merece su ilustre autor, cuya bondad conmigo no sé cómo pagar.

D. M. Pavia, Teniente General.—Madrid.

—Ya le avisarán cuando termine la suscripcion, y, segun desea se le considerará como suscriptor permanente. ¡Cuánto agradezco su amabilidad y galantería! Con protectores como Vd., el CÁDIZ se enorgullece, y nada teme!... Pero, mi querido amigo, acaso su afecto le hace juzgar con demasiada benevolencia la direccion de la revista!... De todos modos tantas gracias; ya escribiré; envíeme pronto lo que me ofrece.

D.ª E. C. de Quintero.—Lugo.

—Cuánto siento, amiga mia, la enfermedad de su hijo! Comprendo lo que habrá sufrido, y me alegro del feliz resultado que me anuncia. Recibiré con mucho gusto las traducciones que su hija me ofrece, y sus originales que estimo tanto como me gustan.

D.ª M. de Olavide.—Madrid.

—Queda tomada nota, mi querida Margarita, de el punto á donde hay que enviarte el CÁDIZ durante los meses de Julio y Agosto. Mil besos míos á tus hijos, y afectos á tu esposo.

D. N. D. de Benjumea.—Londres.

—Acepto esos originales de que me habla, y los espero pronto. Irán las cartas de *Cándido* si es posible hallarlas todas, si no algunas. Mil gracias por sus bondades y ofrecimientos.

D. J. P. Valle.—Villaviciosa.

—Mil gracias por sus originales. Tengo muchas poesías y guardo el orden de fechas; dispénseme, pues, si no doy cabida á su última tan pronto como yo quisiera.

D. J. J. Parra.—Baeza.

—Muy grata es para mí la felicitacion de un baezano, y le agradezco infinito el entusiasmo con que del CÁDIZ y de mí se ocupa. No puedo olvidar nunca á Baeza, donde tantos afectos y amistades tengo, y espero que tampoco ella me olvide. Acepto con mucho gusto su poesia.

°°°—Cádiz.

—Desde este número lleva el Cádiz una seccion de *Literatura extranjera*, en vez de la de *Literatura francesa* ofrecida, ya que gracias á Vd. cuento con bellas traducciones del inglés, y otra señora me facilita las de italiano, teniendo ántes las alemanas. Vd. que nunca descuida el cumplimiento de sus deberes, no olvide que tengo el derecho—concedido por su galantería—de reclamarle los ofrecidos trabajos.

D.ª J. P. de Collado.—Barcelona.

—No sé cómo agradecerle la bondad con que se ocupa de mí, y la predileccion con que honra al CÁDIZ: se envían los números que avisa.

Sr. Baron de Córtes.—Madrid.

—Agradezco infinito su ofrecimiento, que me honra, de enviar al CÁDIZ alguno de sus trabajos, así como de la distinguida señora de quien le hablaba.

Me permito engalanar mis listas de colaboradores con sus nombres, ante tan amable promesa. Yo sé bien lo que sus escritos valen, y tengo que unir para agradecerse, el mérito del literato á la amabilidad del caballero.

D. G. Autran.—Chiclana.

—Como á Vd. ha sucedido á muchos, que por error de los carteros se han quedado sin el CÁDIZ: vuelve á enviarse, y le agradezco infinito su bondad.

D. M. Batanero.—Motril.

—Mil gracias por su carta: si tuviera tiempo emprenderia la obra que me dice, pero me falta, así como me sobra el deseo. Acaso más adelante. Las poesías me gustan mucho.

GRACIELLA.—Madrid.

—Le agradezco muy de corazon su cariño y las poesías que son muy lindas. No crea que la olvido nunca; es que trabajo muchas horas, tengo muchos amigos aquí, y todo esto ocupa mi tiempo, pero la recuerdo siempre con gusto.

D. J. E. Hartzenbusch.—Madrid.



—He recibido los preciosísimos versos, que publicaré con gran placer en el CÁDIZ: no sé cómo expresarle cuánto me conmueve leer escrito por su mano venerable que: «guarda mi carta como una joya inapreciable que pasará á su hijo cuando muera;» y el aliento que me dá augurándome triunfos con estas frases que recordaré siempre: «Valor, y ¡adelante! mi querida, mi estimadísima amiga.» Gracias con todo mi corazón por esta bondad que me enorgullece: la admiración, la veneración más bien, que su talento me ha inspirado siempre, se funde ante esta amabilidad que me honra, en un cariño sincero y respetuoso, tan grande como mi amistad. Qué lástima que esos escritos no se publiquen hasta después de su muerte!... Y por qué pensar en la muerte?... Dios querrá conservárnosle, y así yo se lo ruego, como venerable monumento de el ingenio español.

Espero cuando vaya á Madrid ir á estrechar su mano, y tener el gusto de oír ó leer algunas de esas joyas inéditas: en cuanto á los demás escritos de que me habla, si para defenderlos—que seguramente no lo necesitarían, pues los defiende y enaltece su ilustre nombre,—si para defenderlos fuera bastante mi pluma, pobre é inútil como es, la tiene completamente á su disposición.

**D. E. Hartzenbusch.—Madrid.**

—Mil y mil gracias por sus frases de aprecio que estimo en tanto: no esperaba yo otra cosa de su amabilidad, sino que atendiese como lo hace una recomendación mía: el distinguido alemán de que le hablaba, habrá pasado ántes que á Madrid á alguna capital de Andalucía.

Mis autógrafos valen muy poco, pero ya que Vd. me honra queriendo conservarlos, le enviaré alguno que le agrade más que esa carta.

**D. A. Borrego.—Madrid.**

—Me apresuro á darle gracias por la honra que dispensa al CÁDIZ, encargándose todos los meses en el número del 20, de la crónica de los *Sucesos del día*, así nacionales como extranjeros.

Mis lectores participarán seguramente de mi satisfacción, y por eso hago pública su promesa que me enorgullece. Apruebo completamente su plan, y ya comprenderá cuán viva será mi gratitud ante el valor que dá á mi opinión en sus proyectos. Recibí las circulares, miles de gracias, y le deseo un completo restablecimiento.

**D. J. Oliver, presidente de la sociedad Admiradores de Cervantes.—Málaga.**

—No tengo hoy ejemplares de mis obras, que tendré el gusto de ofrecerles cuando se haga la nueva edición que preparo: tengo sumo gusto en remitirlas, como desean, mi revista.

**D. Alejandro M. de Meñaca.—Bilbao.**

—Cumpliendo los deseos, que me honran, de esa *Junta de Caridad*, desde este número les será remitido el CÁDIZ.

**Mr. F. F. Stenacker.—Lisboa.**

—He recibido el precioso artículo sobre el *Pater* que verá la luz en el CÁDIZ con mucho gusto mío. Gracias, mi querido amigo, por sus deseos y ofrecimientos.

**D. Alejandro Harmsen, Baron de Mayals.—Alicante.**

—No puedo yo olvidar á un amigo á quien tanto aprecio y que tanto vale. Galán y cortés, como nuestros antiguos caballeros, cumple como órdenes mis indicaciones, y por complacerme sólo me envía una poesía, siendo así que son bellísimas, y debieran ir á buscar el sitio de honor que les está reservado, por su propio valor, y no por condescendencia alguna. La modestia sigue, cual sombra, al talento, pero la suya es casi peligrosa, porque tiende á ocultar su inteligencia. Yo le ruego que se juzgue á sí mismo con más exactitud, y no prive al público de sus lindas producciones.

Mil gracias por sus recomendaciones de esta *Revista*

que Vd. llama *Perla*: puede girar al Administrador del CÁDIZ el importe de suscripción.

**D. B. de L. Corradi.—Alicante.**

Permítame Vd. que, para contestarle, copie un párrafo de su carta, pues, según su bonita costumbre—y eso que le horroriza el olvido!—Ya habrá olvidado lo que escribió:

«Llega Vd. á Cádiz, crea un periódico, le lanza al mundo, lo hace célebre en una semana, agrupa en sus hojas los nombres más distinguidos de la literatura patria, establece una especie de red telegráfica de comunicaciones con príncipes, con vasallos, escritores y poetas, aristocracias y multitudes: emprende Vd. la nobilísima tarea de sacar de la oscuridad ingenios escondidos, inteligencias adormecidas por el *far niente* de nuestras provincias, y si eso no es deramar luz y dejar estelas luminosas como los astros en su carrera, no sé qué pueda llamarse luz en las esferas de la inteligencia.»

Pero, mi querido amigo é incorregible andaluz, sin que yo quiera mortificarle ni con mi modestia, ni con castigos á *desaliños literarios* que no existen, no vé que es Vd., que son los demás colaboradores, los que prestan valor á mi idea, como lo presta el brillante á la humilde hoja de hiedra que engalana?

No niego á los andaluces que digan la verdad, ni dudo que Vd. me juzgue tal como dice porque creo en su afecto; me arrepiento de llamarle exagerado, pero, permítame que le llame galante y soñador, no á la manera del que hubiese nacido en las estepas del cáucaso, sino como los hijos privilegiados de esta bella tierra de la sal y de la gracia.

Después de todo, una andaluza no tiene el derecho de analizar la hipérbole, sino el deber de agradecerla. Los versos al *Olvido* son preciosos, que no sean los últimos.

**D. L. Ovalle.—Cádiz.**

Su modestia presta un nuevo valor á su talento. Gracias por decirme su nombre, y envíe cuanto guste al CÁDIZ que siempre será bien recibido.

P. DE B.

## NOTICIAS.

Recomendamos á nuestros lectores la magnífica publicación *Ilustración Española y Americana*, que cada día ofrece más interés por los preciosos grabados que publica de la guerra de Oriente y de todos los acontecimientos más notables de Europa.

También lo hacemos de *La Moda Elegante*, periódico indispensable en todas las familias por lo mucho que facilita la economía del vestir, ofreciendo modelos tan sencillos como de buen gusto.

Nuestro querido colega *La Mañana*, de Madrid, ha aumentado su tamaño, dando más espacio á su selecta sección literaria, así como á la parte política que con tanto gusto se lee por su buen tacto y elevadas aspiraciones. Lo económico de la suscripción y lo bueno de la lectura, lo hacen muy recomendable á todas las clases.

El movimiento literario de provincias se marca más visible cada día; buena prueba de ello son las lindas publicaciones *La Revista de Andalucía*, *El siglo XIX* y *El Pensamiento de la Juventud*, de Málaga; *El Mosquito* de Barcelona, cuyas picaduras tienen siempre tanta oportunidad como intención, y *Valencia ilustrada*, que está á la altura de la culta población cuyo nombre, con tanta propiedad lleva.

Agradecemos mucho á los nuevos colegas que han visitado nuestra redacción, sus amables elogios, aceptamos con gusto el cambio, y les rogamos nos dispensen si no les enviamos todos los números publicados, por no haber de los primeros.

Irán de los que haya.

Con mucho éxito sigue funcionando en el *Principal* la compañía dramática que dirige el Sr. Mata. Los dramas *Locura ó santidad*, *La muerte civil*, *Jorge el Armador* y la linda comedia *La escuela de los maridos*, de Moratin, han sido magistralmente ejecutados por estos distinguidos actores, obteniendo un triunfo en cada uno de ellos.

La Sra. Liron, inimitable en *Locura ó santidad* y en *La escuela de los maridos*. La concurrencia no responde á los esfuerzos de tan simpáticos artistas.

Rogamos á los periódicos que nos favorecen reproduciendo nuestros escritos, se sirvan poner al pie el nombre de nuestra revista.

## ADVERTENCIA.

No habiendo llegado á tiempo, por un retraso involuntario del grabador, los *clichés* de los grabados que teníamos pedidos para este número, tenemos que darlo sin ellos para que no sufra retraso. Desde el próximo saldrán sin interrupción alguna, rogando á nuestros favorecedores nos dispensa esta falta, disculpable si se tiene en cuenta que los grabados se hacen fuera de esta población.

## ANUNCIOS.

Los establecimientos de baños, comercio, cafés etc., que se suscriban al CÁDIZ, tendrán derecho á un anuncio, que no exceda de diez líneas, que se publicará gratis en los tres números que correspondan al mes que indique. La suscripción, para tener este derecho, será lo ménos de un trimestre.

## CANTARES

Y OTRAS RIMAS QUE LO PARECEN,  
POR

**D. Juan Vila y Blanco.**

Un cuaderno de 32 páginas en 8.º con dedicatoria y 238 cuartetas.—A un real de vellón el ejemplar. Se hallará en casa del autor, Angeles, 4 y 6, Alicante.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5: en Madrid en las principales librerías.

CÁDIZ: 1877

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ

Sacramento 39 y Bulas 8.

## COLABORADORES.

Auber, D.<sup>a</sup> Virginia Felicia, Madrid.  
Asensi, D.<sup>a</sup> Julia, Madrid.  
Calé de Quintero, D.<sup>a</sup> Emilia, Lugo.  
Díaz de Lamarque, D.<sup>a</sup> Antonia, Sevilla.  
Grassi, D.<sup>a</sup> Angela, Madrid.  
Gimeno, D.<sup>a</sup> Maria de la Concepcion, Madrid.  
Graciella, Madrid.  
Lujan, D.<sup>a</sup> Elisa, Madrid.  
Maria de la Peña, Madrid.  
Ormaeche, D.<sup>a</sup> Ermelinda, Bilbao.  
Pujol de Collado, D.<sup>a</sup> Josefa, Barcelona.  
Rattazzi, Madame, París.  
Sinués, D.<sup>a</sup> Maria del Pilar, Madrid.  
Troncoso, D.<sup>a</sup> Matilde, Habana.  
Ablanedo, D. Epifanio, Bilbao.  
Albareda, D. José Luis, Madrid.  
Almenas, Conde de las, Madrid.  
Alvarez Jimenez, D. Antonio, Cádiz.  
Asensio, D. José Maria, Sevilla.  
Asquerino, D. Eduardo, Madrid.  
Autran, D. Guillermo, Chiclana.  
Alvarez, D. Miguel de los Santos, Madrid.  
Alcalá Galiano, D. José, Madrid.  
Alarcon, D. Pedro A., Madrid.  
Balaguer, D. Victor, Madrid.

Borrego, D. Andrés, Madrid.  
Búrgos, D. Javier, Cádiz.  
Baron de Cortes, Madrid.  
Castelar, D. Emilio, Madrid.  
Cánovas, D. Antonio, Madrid.  
Castro, D. Adolfo, Cádiz.  
Campoamor, D. Ramon, Madrid.  
Corradi, D. Blas de L., Alicante.  
Cerdá, D. Manuel, Valencia.  
Cueto, Marqués de Valmar, D. L. A., Madrid.  
Chica, D. Angel de la, Jaén.  
De Gabriel, D. Fernando, Sevilla.  
Doctor Thebussem, Tángier.  
Diecks, Gus avo, Dresden (Alemania).  
Díaz de la Quintana, D. Alberto, Madrid.  
Díaz de Benjumea, D. Nicolás, Londres.  
Echegaray, D. José, Madrid.  
Fabraquer, Conde de, Madrid.  
Flores Arenas, D. Francisco, Cádiz.  
Flores, D. Gerónimo, Cádiz.  
Frontaura, D. Carlos, Salamanca.  
Flaquer, D. Francisco de P., Barcelona.  
Ginard de la Rosa, D. Rafael, Madrid.  
Gomez Colon, D. José M., Cádiz.  
Guerrero, D. Teodoro, Madrid.

García Caballero, D. Federico, Sevilla.  
Hartzenbusch, D. Juan Eugenio, Madrid.  
Herran, D. Fermín, Vitoria.  
Harmsen, D. Alejandro, Alicante.  
Hidalgo, D. Santiago, Cádiz.  
Leon y Castillo, D. Fernando, Madrid.  
Leon Mainez, D. Ramon, Cádiz.  
Lamarque y Novoa, D. José, Sevilla.  
Miró, D. Juan, Jerez.  
Milans del Bosch, el General, Madrid.  
Moreno Espinosa, D. Alfonso, Cádiz.  
Moya y Jimenez, D. Luis, Madrid.  
Mendoza, D. J. R. de, Barcelona.  
Moreno Castelló, D. José, Jaén.  
Navarrete, D. José, Rota.  
Monte del, D. Evelio, Barcelona.  
Osorio y Bernard, D. Manuel, Madrid.  
Offerrall, D. Javier, Cádiz.  
Pongillioni, D. Aristides, Cádiz.  
Pacheco, D. Francisco de Asis, Madrid.  
Parreño, D. Federico, Cádiz.  
Portela, D. Juan, Cádiz.  
Piñal, D. Federico, Sevilla.  
Govantes de Lamadrid, D. Javier, Madrid.  
Paz, D. Abdon, Madrid.

Pando y Valle, D. Jesus, Oviedo.  
Rodruejo, D. Jorge, Cádiz.  
Rodriguez Arroquia, D. Angel, Madrid.  
Rodriguez Suarez, D. Manuel, Cádiz.  
Ruiz Jimenez, D. Joaquin, Jaén.  
Revilla, D. Manuel, Madrid.  
Romero Ortiz, D. Antonio, Madrid.  
Salvany, D. Juan T., Madrid.  
San Martin y Aguirre, D. José, Valencia.  
Steenackers, Mr. F. F., Lisboa.  
San Miguel de la Vega, Marqués de, Barcel.<sup>a</sup>  
Sepúlveda, D. Ricardo, Madrid.  
Sagasta, D. Práxedes M., Madrid.  
Sedano, D. Carlos, Madrid.  
Sedano, D. Alberto, Madrid.  
Trueba, D. Antonio, Bilbao.  
Vidart, D. Luis, Madrid.  
Vieyra de Abreu, D. Carlos, Madrid.  
Vila y Blanco, D. Juan, Alicante.  
Vilar y Garcia, D. Casto, Sevilla.  
Valls y Alvarez, D. Antonio, Cádiz.  
Valera, D. Juan, Madrid.  
Valero de Tornos, D. Juan, Madrid.  
Zarandona, D. Florentino de, Alicante.  
\*, Cádiz.